

LOS ZORROS DEVORADORES Alejandro Ortiz
Rescaniere

La última novela que escribiera José María Arguedas posee una trama y un título a la par extraños. "El Zorro de Arriba y el Zorro de Abajo"; las vidas de un pueblo costeño y del novelista se superponen en aparente desconcierto. La dedicatoria misma es paradójica: "A Emilio Westphalen y al violinista indígena Máximo Damián Huamani". El estudio de las diversas características que la literatura oral andina atribuye a los zorros podría tal vez contribuir a esclarecer esa obra que el propio autor calificara de lisiada y desigual.

85

En una cinta grabada que nos enviara a París en 1968, Arguedas se refería a un proyecto de novela que ese día había ideado.

"Te quiero hacer una confesión muy importante para mí: hace muchos años tenía gran dificultad para poner en orden el argumento de "Los Ríos Profundos". Estaba angustiado, escuchando la suite francesa número dos o tres, no me acuerdo cuál, de Bach, en casa de Manuel Moreno Jimeno, cuando logré enlazar todo el argumento de manera que ya podía empezar a escribir. Eso mismo me ha ocurrido hoy en la mañana; amanecí con una pesadilla verdaderamente pavorosa, creí que en unos momentos más me moriría. Pero me puse a pensar en tí, en todo lo que me decías en tu carta, y creo haber enlazado los precisos elementos, argumentos, historias, intenciones que...bueno, un verdadero caos de universo...que he estado tratando de enlazar en una nueva novela, que provisionalmente se debe llamar "El Zorro de Arriba y el Zorro de Abajo"...Lo he tomado de los mitos de Huarochirí. A propósito: cuanto más los leo, encuentro que son cada vez más reveladores, más ricos, verdaderamente es un mar sin fondo.

“Bueno, el Zorro de Arriba y el Zorro de Abajo se encuentran en esos mitos y cuentan todo lo que está ocurriendo en la parte alta y en el mundo yunga. Yo voy a hacer más o menos lo mismo, voy a contar todo lo que está ocurriendo en la parte de la costa por medio de un zorro y lo que está ocurriendo en todos los Andes por medio de otro zorro. Tengo ya muchas historias verdaderamente interesantes que están llenas, creo, de significado y de revelaciones; y una cosa es decirlo simplemente así, que yo creo que alguna vez tú viste que cuando yo empiezo a escribir, por lo menos cuando yo empiezo a escribir, empiezan a brotar mundos que yo mismo no sospechaba y uno no se convierte sino en una especie de medium, intermediario de verdaderos universos y van saliendo del cuerpo de uno de la manera más extraña. Entonces yo he enlazado, o creo haber enlazado, todas esas historias disperas, formidables, que a mí me parece quizás te puedan mostrar al Perú de hoy que es formidable, tan mezclado, tan viviente, tan caótico, aparentemente, pero a través del cual o de un enrejamiento por todas las cosas que dices en tu carta y que me han servido para galvanizar una serie de angustias, de sospechas, de preocupaciones, de temores, de relámpagos, de destellos mismos. Todo esto lo he enlazado, y, ¡zas!, si me pongo a escribir y logro hacer unas cinco o seis páginas, me voy de largo sin parar y quizás escriba unas cuatrocientas o quinientas páginas. Lo que me pasa es que estoy tan deprimido o creo estar tan deprimido, que apenas leo un libro, me inquieta mucho y llego a delirar, a exaltarme en un grado espantoso; tampoco puede leer mucho y no puedo escribir”.(1).

Arguedas tenía proyectado, entonces, valerse de una secuencia mítica -un zorro de arriba y otro de abajo que encontrándose se comunican lo que ocurre en sus regiones respectivas- para desarrollar una narración que describiera, a través de esos animales, lo que sucede en los mundos yunga y serrano. Ese incidente mítico es, en verdad parte de todo un episodio, a nuestro juicio, núcleo de uno de los más extensos y, sin duda, más importantes relatos de “Dioses y hombres de Huarorichí”. Nos referimos al mito que contiene el capítulo V y que narra las aventuras de Huatyacuri, hijo de la divinidad Pariacaca (2). En “De Adaneva a Inkarrí” (3), al comentar ese relato, afirmábamos que

está centrado en una oposición (explicitada a través de una lucha que recuerda las competencias rituales entre bandos opuestos en las actuales comunidades andinas) entre el mundo del Pasado y el héroe del Presente triunfante, Huatyacuri. El mundo que termina está representado por Tamtañamca, un hombre rico, casi un dios, pero que se encontraba enfermo. La causa del mal que sufre Tamtañamca, y en este sentido, la clave del triunfo de Huatyacuri, se la dan dos zorros, el de arriba y el de abajo. De esta manera, ambos animales son protagonistas de un Pachacuti y se hallan, por así decirlo, entre el fin de un mundo y el nacimiento de otro.

En un área próxima a la de Huarochirí, recogimos un relato mítico en el que dos zorros son los agentes mismos del Pachacuti, en su primera fase, la destructiva:

LOS DOS ZORROS DEVORADORES (traducción del quechua)

87

Una pobre mujer de las alturas, una llakuas, quedó encinta sin saber de quién.

-El mundo está enfermo, avanza y se va a voltear.

Dos zorros has de tener; en tu vientre están madurando dos zorros, uno blanco y otro negro.

Así habló un sabio antiguo.

Cuando pasaron los meses, como cualquier mujer sufrió. Entonces vino el sabio y le dijo:

-Has de huir sin voltear la cabeza. Tus hijos, los dos zorros, van a comerse este mundo durante un día y una noche. La gente por ambiciosa y rica ha de acabarse.

Así llorando la mujercita hizo su carga y partió. Cuando empezó a caminar se sintió un terremoto. Ya en la altura no pudo resistir a la curiosidad y volteó.

Vió como hervía el mundo: el zorro negro iba hacia la cordillera, el otro, el blanco, bajaba y se hundía en el mar. En los pueblos de abajo corría el zorro blanco comiendo a la gente y haciendo huir y surgir a hombres que se convertían en piedra, en los cerros a los que ahora dejamos alcohol y coca. El zorro de arriba se comía a los pueblos de este mundo, a los ricos de las épocas antiguas. Cuando vio todo eso la mujer tomó frío y se convirtió en piedra. También a ella le llevaron coca y alcohol.

88

Dicen que en la puna de Lauricocha se encontraron los dos zorros. Estaban bien gordos de tanto comer. Un solo hombre se había salvado. Corriendo con su llama, con sus hijos, con sus animales había llegado también a Lauricocha. Allí se echó y fingió dormir. Entonces los dos zorros remecieron al hombre:

-Está muerto -dijeron- podemos hablar, podemos conversar. Descansemos hermano zorro.

-El mundo hemos comido. Otro mundo va empezar, con hombres blancos va a ser; mezclado será. Ya no serán tan ricos, tendrán que sufrir y trabajar para poder comer. Pero vamos a tomar agua, hermano.

Ahí cuando estaban bebiendo agua, el hombre se levantó y los empujó al lago. Los hundió. El hombre, dicen, no les permitió surgir del lago. Hasta hoy se encuentran en ese lugar los dos zorros; si alguna vez logran escapar, el mundo se acabará. Por este hombre hemos aumentado, fue nuestro abuelo. (4)

La relación de este mito con el de Huatyacuri es evidente. Ambos textos tratan de un Pachacuti: del fin del mundo del Pasado, a la vez rico y enfermo, y del nacimiento de un Presente, mixto, y por lo tanto,

más pobre que el anterior. Los dos animales devoradores del Pasado, o que dan parte al destructor del mismo, se encuentran en la *altiplanicie* de Lauricocha y los otros en el *cerro* de Latauzaco. Tal encuentro *precede* a la destrucción o *se realiza luego* de la misma. El héroe del Presente, que finge o duerme realmente, es testigo de la confrontación. En el mito de Avila, luego de cumplir con la revelación, los animales *desaparecen* de la acción del relato. En el otro texto los zorros son *sumergidos* en el lago; y se encuentran allí, esperando salir, para entonces marcar o dar inicio al fin Presente.

El rol que cumplen los zorros en los dos mitos concuerda con el que se les asigna en los cuentos andinos: en ellos aparecen como un animal taimado y ambicioso; es tan *zorro* que siempre termina *castigado*. Representa un extremo de la inteligencia, el extremo negativo y destructor.

El que sean *dos* los zorros que actúan negativamente en los mitos y en la novela que nos ocupa -zorro de arriba y zorro de abajo, blanco y negro, según el texto-, insinúa una totalidad: entre las dualidades alto y bajo, entre lo blanco y lo negro ¿qué resta? Sólo una línea divisoria o un punto medio, un *chaupi* mediador entre ambos, que podría ser Huatyacuri, el ancestro, testigo del gran cambio, agente del mismo y garante del orden actual.

Cada uno de los términos de la pareja es, simultáneamente, distinto y opuesto, semejante y equivalente. El uno va o proviene de arriba, el otro se dirige hacia abajo, el uno es blanco, el otro, negro. Pero, al mismo tiempo, su saber es equivalente: en el mito de Huatyacuri, el uno afirma que la mujer de un falso dios tuvo contacto sexual indirecto con un hombre; el otro cuenta que la hija de un hombre poderoso muere de deseos de tener relaciones sexuales con un hombre. En los dos casos se expresa, de esta suerte, que las inclinaciones sexuales indebidas (por exceso y

por falta) de mujeres relacionadas por parentesco (mujer o hija) son la causa del desequilibrio y del próximo fin de ese mundo. En el mito de Cajatambo, los dos zorros son también opuestos aunque sólo relativamente: el blanco va hacia lo bajo, hacia el mar, el negro, por lo contrario, va por la sierra hacia la cordillera. No obstante, ambos desempeñan la misma función destructora de la humanidad del Pasado.

90

Es notable la inversión de los términos de colores ligados a los zorros en el mito de Cajatambo. Hemos visto a lo largo de "Adaneva a Inkarrí" que el blanco se haya vinculado a lo alto, y el negro, a lo bajo. Como ambos animales dan una vuelta completa hasta encontrarse en un lago, no puede afirmarse que ninguno de ellos suba o baje. No obstante, se subraya en el relato de Cajatambo que el zorro blanco baja hacia el mar y el negro sube hacia la cordillera. Esta excepcional inversión -blanco-bajo, negro- alto- parece marcar el hecho que se está describiendo un Pachacuti, es decir, una inversión de los términos de un ordenamiento, de un Pacha. La inversión de las asociaciones constituye, además, un anuncio del Mundo Nuevo que es siempre concebido al revés del precedente. El Pachacuti está acompañado, según la tradición oral andina, por grandes cataclismo geológicos y por la inversión de lo normal, por el caos. Así, describiendo el cambio violento de un mundo a otro, en la versión de Huamanga del mito de Inkarrí (5), se muestra cómo se unen, en esas circunstancias caóticas, términos que son opuestos:

"Pero la Luna y el Sol se juntaron, el Toro y el Amaru. El mundo avanzó. La tierra temblo...."

Ese mismo mito muestra, figurándose el fin de este Presente, una inversión de términos del orden del presente:

"Ese día amanecerá en el anochecer, los reptiles

volarán. Se secará la laguna de Parinacochas..."

No es entonces de extrañar que los zorros devoradores, los del Pachacuti, posean características inversas a las del mundo ordenado.

Quisiera concluir este somero análisis de ambos mitos recordando que, según una amplia tradición mítica andina, se afirma que el nacimiento del Presente se halla forzosamente precedido por la destrucción del mundo Pasado. A ese gran transtorno, a ese cambio brusco de un ordenamiento se le solía llamar Pachacuti. En algunos casos, como en el mito de Inkarrí, son los dioses o héroes de esos mundos los que se enfrentan entre sí.

El rol de los zorros, en los dos mitos mencionados, parece explicar algunos de los aspectos esenciales de la última novela de Arguedas.

En los mitos de Huatyacuri y de Cajatambo, el papel que cumplen los zorros, la visión apocalíptica que nos muestran, constituiría la base y no el pretexto de la última novela de Arguedas. A pesar del proyecto inicial que el autor nos comunicara (en el cual el tema mítico de los dos zorros tan sólo serviría para describir "lo que está ocurriendo" en la costa y en la sierra), la novela se estructura distintamente y reviste caracteres que van más allá de lo que aparentemente se proponía. Los zorros de Arguedas son espectadores, comentan en forma sucinta lo que transcurre en los mundos de arriba y de abajo. Aparecen, directamente, dos veces en la primera parte, y hacia el final de la misma, el autor expresa su incomodidad por la presencia de éstos: "¿A qué habré metido estos dos zorros tan difíciles en la novela?".

Formulada la pregunta, Arguedas no vuelve a hacer intervenir a los dos animales. Por otro lado, la novela no trata de los mundos costeño (bajo) y serrano (alto), sino que, proyectándose diferentemente, se limita a la descripción de un pueblo costeño y a la agonía

del propio escritor. Tal estructura, sin duda no consciente pero intuitiva por Arguedas, nos parece profundamente mítica y cercana a los relatos tratados líneas arriba: la novela también describe la agonía de un mundo (el del autor, su propia vida) en contraste con el nacimiento de un pueblo. Asimismo, parece necesario, puesto que se revelan contrastados, que el uno muera para que el surgimiento del otro sea realmente posible. La riqueza del orden que muere recuerda la propia vida interior y afectiva del autor que se asemeja así a Tamtañamca enfermo. Si seguimos el paralelo, la pobreza y humildad del pueblo de Chimbote serían equivalentes a la miseria del triunfante Huatyacuri.

92

El caos que amenaza el orden, los cambios que atentan contra el Presente vienen del mundo de abajo. Las amenazas del devenir tienden a emerger de abajo. Lo alto representa el orden y la armonía ideales, el Presente que permanece. Así también, el pueblo costero de Chimbote (Urin) simboliza el desconcertante mundo que amenaza y que pervivirá triunfante sobre el mundo de arriba, derrotado. De esta manera, la novela describe, como los mitos mencionados, un Pachacuti, el triunfo primero del caos, la invasión de las fuerzas bajas, la derrota de un mundo rico, de un hanan (el novelista y tal vez el mundo indígena tradicional). Un caos que hace orden y un orden que se eclipsa. El título mismo y las breves intervenciones de esos animales dan coherencia a la novela: ahí están, misteriosos, "incómodos", presenciando y testimoniando el drama de la muerte y de la vida, del desierto convirtiéndose en vida y en orden, de la agonía de la infinita riqueza y amor.

El Zorro de Arriba y el Zorro de Abajo. La destrucción y la creación ¿Quién se encuentra entre ambos? ¿Cuál es el hombre o el dios que durmiendo o fingiendo escucha o se entera de la proximidad del Pachacuti? Tal vez sea el lector del mito o de la novela, o sea el dios indiferente, ejecutor y creador

de mundos sucesivos (6). Otro término intermediario, lazo que une ambos mundos, que une el Pasado y el Presente, es una mujer siempre anhelante de ser fertilizada (7), una Madre Tierra que perdura a través de los cataclismos, de la lucha entre los héroes o la acción repetida del dios indiferente, un Perú, que así, se convierte en el testigo permanente del drama humano.

Evidenciado a través del contraste entre su proyecto inicial y su última obra, en el cotejo sorprendente de dos mundos, siguiendo las huellas del secreto y complejo discurso mítico andino, Arguedas traiciona su actitud occidental de expectante indigenista y se revela en su agonía como un escritor indio.

NOTAS

- | | |
|---|--|
| (1) Esta grabación ha sido publicada íntegramente en la revista "San Marcos". No. 12, Lima, 1975 | (4) Recogido por A. Ortiz R. en Santa Rosa de Rapaz - Cajatambo. Informante: Amadeo Alejo Núñez. 1975. |
| (2) Francisco de Avila, "Dioses y hombres de Huarochiri", capítulo V, Museo Nacional de Historia e Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1966. | (5) Op. cit. "De Adaneva a Inkarrí", Cap. VIII. |
| (3) Alejandro Ortiz Rescaniere, "De Adaneva a Inkarrí", Instituto Nacional de Investigación y Desarrollo de la Educación, Retablo de Papel Ediciones, Lima, 1973. | (6) Ver tema del dios indiferente de "Adaneva a Inkarrí". |
| | (7) Ver tema de la mujer intermediaria en "De Adaneva a Inkarrí". |